

UN PARISIENSE

EN

ANDALUCIA.



San Fernando.

Imprenta y Librería Española, á cargo de D. Juan
Alvarez, calle Real.—1858.



Un parisiense en Andalucía.

Qué bellas, qué seductoras, qué zalameras son las mujeres de Andalucía. Preciso es ser amado por una de ellas para conocer todos los goces del amor, para saber hasta dónde puede llevar una mujer esta pasión!... Todo se auna allí para embriagarnos; un clima abrasador, un cielo puro, un aire embalsamado por el perfume de las flores y las plantas aromáticas que la tierra produce en abundancia, noches cortas y templadas, canciones picantes y melodiosas, el traje de los habitantes que es á la vez gracioso y pintoresco: todo, sí, predispone el alma á las mas tiernas sensaciones. Ay! amigo mio, figúrate una jóven andaluza.... No te hablo de las que habitan las ciudades: en primer lugar su traje es casi siempre negro, lo cual no es muy alegre, y luego se someten demasiado á las leyes de la etiqueta para entregarse á lo menos en público, á su natu-

Un parisiense.

ral amable: me refiero á las serranas, á las campesinas de Andalucía. No creas que se parecen á las de los alrededores de París, rudas, pesadas é insípidas: no, la sangre ardiente que circula por sus venas comunica á sus negros ojos una espresion que no puedo pintarte; en las miradas que nos lanzan hay á la vez amor, viveza y languidez. Todos sus movimientos son graciosos y la saya corta de colores vivos que deja ver una pierna seductora terminada por un piececito diminuto.... el jubon que ciñe perfectamente un talle bien formado.... En fin, querido, no hay medio de resistirse y puesto que deseas hacer un viaje de placer para instruirte, y olvidar á una mujer veleidosa, créeme, vete á Andalucía.... Allí encontrarás muchas que te harán olvidar bien pronto á la que ha hecho traicion á sus juramentos.

Este discurso era dirigido á uno de nuestros parisienses, hermoso jóven de veinte y cinco á veinte y seis años, por un señor de alguna mas edad, gordo, pequeño y feo, paseándose en el *boulevard* de los italianos.

El jóven, que habia escuchado á su compañero sin interrumpirle, dijo por fin:

—Cómo! ¿Quieres en efecto que vaya á hacer la corte á las campesinas de Andalucía?

—Yo no he dicho que lo quiera; pero puesto que vas á viajar ¿por qué no has de ir allí?

—Y tú, Germilly, has hecho muchas conquistas en ese país?

—Sí, amigo mio: en ninguna parte he sido tan feliz!.... Oh encantadoras andaluzas! por qué me he visto obligado á dejaros para volver á Francia!.... Es admirable cómo aman esas mujeres!

—Tus noticias deben darme esperanza. Sí; las francesas son demasiado coquetas, inconstantes!.... Engañarme.... serme infiel!.... Tengo una rabia....

—La concibo perfectamente: tú que no estás acostumbrado á que se te anticipen.

—Decididamente dejo á Paris.... y por mucho tiempo.

—E irás á Andalucía?

—Es posible.

Algunas semanas despues de esta conversacion, nuestro parisiense, que se llamaba Federico Dernange, se paseaba por las calles de Córdoba admirando los atrevidos edificios de esa ciudad, de que los moros fueron largo tiempo poseedores. Poblacion curiosa, rara, magnífica y sucia, patria de los dos Sénecas, de Lucano y de los mejores caballos de España. Federico no habia ido precisamente á Andalucía á causa de la conversacion que habia tenido en Paris en el *boulevard* de los Italianos con el gordo y feo Germilly: un asunto de interés que podia zanjar por sí mismo mucho mejor que valiéndose de abogados,

le habia decidido á trasladarse á Córdoba; pero tal vez se hubiese dispensado de hacer este viage si los discursos de su amigo no hubiesen picado su curiosidad.

Federico, jóven, agraciado y rico, amaba apasionadamente á las mujeres y habia obtenido de ellas inmensos favores: las habia engañado.... porque preciso es engañar amando á muchas; pero la última se habia permitido anticipársele en infidelidad y furioso por este contratiempo habia cobrado aversion á sus bellas compatriotas.

—Yo viajaré, sí, habia dicho; iré lejos de Paris á buscar una mujer que sepa amar verdaderamente.

Es evidente que estaba de mal humor al pensar de ese modo.

Federico terminó sin mucha tardanza el asunto que le habia traído á Córdoba. Le parecia que la fidelidad es cosa aquí tan rara como en Paris: se aburría de conversar al lado del brasero y resolvió visitar el campo para lo cual se dirigió á Andújar. Al recorrer las diez leguas que separan á estas dos ciudades admiraba los bellos paisages, los sitios deliciosos de Andalucía, país rico, fértil, donde todo nace con profusion, y que es llamado con justicia, caballeriza, bodega y granero de España.

Pero el jóven parisiense no deseaba limitarse á admirar la vegetacion. Le era muy

grato pasearse por los bosques de naranjos y limoneros, y sin embargo buscaba en ellos una cosa que aun no habia encontrado, esto es, una mujer mas linda, mas seductora, mas graciosa que las que habia dejado en Paris. Habia encontrado amenudo en su camino varias caras muy agradables; pero no era esto aun lo que el gordo Germilly le habia anunciado.

Despues de una corta permanencia en Andújar, Federico se decidió á recortar los alrededores, no en un carruaje, como pudiera hacerlo un viajero apático, sino en compañía de un arriero, guia cómodo y que puede despedirse cuando se desea detenerse en algun punto.

El que habia tomado Federico era un jóven robusto y alegre, de tez morena, ojos negros y vivos y maneras desembarazadas; un verdadero arriero de la Fontaine, ya entonando una cancion, acariciando su mula, dirigiéndole los nombres mas dulces, ó lanzando con delicia espesas nubes de humo del cigarrillo hecho por él mismo. Las mulas parecian mover con orgullo los bellos jaeces que adornaban sus cabezas y con el sonido de las infinitas campanillas que llevaban al cuello formaban acompañamiento á las canciones de su amo.

Seguia las orillas del Guadalquivir, dejando al capricho de las mulas acelerar ó de-

tener su marcha, y Federico admiraba los sitios deliciosos que se presentaban á su vista. La dulzura del clima le parecia hecha expreso para los amantes y este pensamiento le hacia suspirar al paso que seguia con sus miradas á todas las aldeanas que pasaban. Estas miraban sonriéndose al jóven francés, cuyo cuerpo elegante y fisonomía distinguida podian sufrir sin desventaja el examen de las andaluzas; pero examinándolas á su vez se decia:

—Estas campesinas son en efecto bien lindas; pero yo desearia una belleza menos rústica.... No es esto lo que Germilly me ha ponderado!

De repente Perico, que así se llamaba el arriero, detuvo su mula y volviéndose á Federico le dijo:

—A propósito, señor mio: V. desea conocer la Andalucía, pero aun no me ha dicho por qué punto hemos de empezar.

—Poco me importa, respondió Federico; vamos á donde querais.... Sin embargo, daremos la preferencia á aquel en que las mujeres sean mas lindas, mas tiernas, mas enamoradas....

—Oh! aquí todas lo son!.... No son aventuras galantes lo que os faltará!.... Sin ir mas lejos, allí teneis la villa donde vive el acendado Perez, cuya mujer es tan complaciente y provocadora. Mas allá hemos de pasar por

la posada de García; su hija Juanita es bien linda y bien coqueta.... aficionada á los requiebros y no muy inhumana.... con los buenos mozos. Aun mas allá en el fondo del valle.... en aquel pueblecillo que apenas se percibe.... Oh! hay preciosas muchachas! San-chita, María, Inés!.... Ay! señor, tienen unos ojos que no dejan un corazón tranquilo! Y luego son vivas, picantes, tiernas....

—Diablos! Maese Perico! Parece que estais bien relacionado en este país?....

—Sí, señor; yo tengo un amorcillo en cada sitio en que me detengo, porque de este modo estoy seguro de que mis mulas estén bien cuidadas: se les dá buena paja de Castilla.... y qué quiere V? Preciso es hacer alguna cosa por estos pobres animales.... No es verdad, Coronela? Oh! mi Coronela tiene buenos pies! He bajado con ella las rudas montañas de Sierra Morena.... y la Catalana!... esa es perezosa algunas veces; pero cuando levanta la cabeza se lleva como una pluma la mas pesada carga!

El arriero acariciaba al decir esto el cuello de su mula, haciendo al mismo tiempo amistosas señales á la que montaba Federico y este se sonreia de la singularidad de Perico, que pretendia no hacer la corte á las muchachas mas que por amor á sus bestias.

Habian en esto descendido al valle y ya Perico se dirigia al pueblo que habia seña-

lado al joven francés, cuando Federico deteniendo á la indolente Catalana, le dijo:

—No tengo empeño en conocer á las seductoras Sanchita y María.... No nos detengamos en ese pueblo, maese Perico.... Además os confesaré que desdeño los triunfos fáciles.... ¿No habeis encontrado alguna cruel en vuestro camino?.... y no creéis como yo que una conquista que se defiende largo tiempo antes de rendirse hace mas halagüeña su posesion?

—Nunca he tenido que sostener largos combates, respondió Perico sonriéndose con aire satisfecho y lanzando una nube de humo de su tabaco. Vamos, Coronela, vamos; ya ves que el señor no quiere detenerse aquí.... por mucho que endereces las orejas es preciso marchar.... vamos, que te adelanta la Catalana.... Eh!.... Que diablo!.... un momento.... hagamos un saludo á la Sta. Virgen.

El arriero acababa de descubrir una imagen colocada en un nicho de madera bien sencillo en el ángulo del camino que salia del valle. Un joven estaba arrodillado ante la estatua. Su rostro, largo, amarillo, sumido, tenia algo de estraño: sus ojos pardos estaban sombreados por espesas pestañas rojas: vestia una chaqueta gris con alamares negros, un ancho pantalon sujeto á la cintura por una faja encarnada, una corbata anudada con descuido, y cuyas puntas caian so-

bre su pecho, y tenia en la mano un sombrero de copa puntiaguda y alas anchas. Este personage cuyas facciones tenian una expresion feroz y estúpida, oraba con mucha devocion sin notar la presencia del jóven francés y de su conductor, que se habian detenido á corta distancia.

El arriero despues de haber dirigido una corta oracion á la Virgen golpeó familiarmente en la espalda del hombre, que se levantaba entonces.

—Buenos dias, Juan.

—Ahl.... buenos dias!....

—¿Has acabado tu oracion?

—Sí.

—Apuesto á que adivino lo que pedias á la Virgen.... Ay! pobre Juan.... tu sigues suspirando por tu bella é insensible señora, la orgullosa Mariquita!.... tú ruegas á todos los santos que enternezcan su corazon... pero amigo mio, me parece que te quedarás con tu pasion y tus oraciones! Mariquita se rie del amor y para vencer su indiferencia se necesitaría un mozo que no se te pareciera.... Adios, Juan; te deseo buen éxito en tu empresa!....

El campesino andaluz habia escuchado con frialdad las pullas del arriero y cuando este se alejó con el francés continuó en meditacion al lado de la imágen sin contestar á la despedida de Perico.

—Imbécil! repuso este, acercándose à Federico: el amor le trastorna el juicio!.... no piensa mas que en su amada! Si Mariquita le dijera: tírate al agua.... échate al fuego! lo baria sin vacilar: ¿y todo por qué?... por una fria señal de aprobacion y tal vez ni aun esto.

—Hola! señor Perico, dijo Federico; hé aquí una hermosa que no parece tan fácil de conquistar como las que me citábais hace poco. ¿Quién es esa Mariquita?

—La hija de un labrador de estas cercanías. Pero ha perdido sus padres muy temprano y se ha encontrado muy jóven aun dueña de una bonita fortuna. Se ha aprovechado de ambas cosas y se da un tono y unas maneras de gran señora!.... Es coqueta y está siempre de veinte y cinco alfileres!

—¿Coqueta y sin amor?

—Si, señor. Es que Mariquita es sin duda muy delicada.... Yo no le he hecho nunca la corte.... Es linda, muy linda, ciertamente; pero no me gustan las mujeres que quieren dominar á nuestro sexo.... Si yo hubiera querido.... creo que.... pero nó lo he ensayado.

Despues de reir de buena gana de la fatuidad del arriero, continuó Federico.

—Y ese Juan?

—Oh! Ese es un pobre diablo que ha entrado al servicio de Mariquita con objeto de

verla á todas horas. El le sirve de caballero, de jardinero, de paje!.... en fin de todo lo que ella quiere.... Ya os he dicho que su amor lo hará imbécil si no lo es ya: por lo demas creo que se hace justicia, y que limita sus pretensiones á mirar, á admirar á Mariquita, y á obedecer sus menores deseos.

La relacion del arriero habia hecho sin duda efecto en Federico, pues despues de reflexionar por algun tiempo, le dijo:

—Perico, mucho desearia conocer á esa Mariquita. ¿Vive lejos de aqui?

—No, señor; poco mas de una legua de ese bosque que vamos á atravesar, en aquel pueblecillo de la izquierda.

—¿Y hay én él alguna posada?.... Encontraré donde alojarme?

—Las posadas no abundan, pero Mariquita os albergará con mucho gusto.... y sin que os cueste nada. Es una mujer generosa y servicial! Es rica y hace honor á sus bienes.

—En ese caso avancemos, pues estoy impaciente por conocer á la que hace suspirar al pobre Juan.

Federico picó su mula y la Catalana se vió obligada á dejar su marcha perezosa. De este modo cabalgaron bastante tiempo por un espeso bosque, llegados al fin del cual se encontraron en un punto de vista admirable. A su derecha se deslizaba tranquilamente el Guadalquivir: al frente varias poblaciones

y cortijos se elevaban en anfiteatro sobre colinas plantadas de viñas, de naranjos y de olivos. A lo lejos, entre las masas azuladas que se confunden con el cielo, se distinguían los numerosos campanarios de Sevilla, y por último á la izquierda se detenía la vista en un espeso bosque delante del cual se hallaba una bonita aldea que parecia colocada expresamente allí para descanso del viajero.

El arriero enseñó á Federico una casita á la entrada del pueblo y le dijo:

—Allí teneis la mansion de Mariquita: es mas bonita que todas las del pueblo juntas!

—Este país es delicioso, decia Federico: tendria un placer en detenerme aquí aun cuando me recibieran con frialdad.

Perico estaba delante de la casa, habia echado pie á tierra y reia con una criada que estaba á la puerta antes que Federico se hubiese apeado de la Catalana.

—Sí, salerosa Pepilla; es un señor francés que viaja para conocer nuestro país, y que quisiera descansar en vuestra casa, dijo el arriero, tomando la cara á la jóven.

—Tal vez cometo una indiscrecion, añadió Federico aproximándose; pero soy extranjero.... y espero me servirá de disculpa....

Antes de que la criada hubiese tenido tiempo de responder apareció una jóven en la puerta. En su porte altanero, en su traje incitante y en la gracia de sus menores mo-

vimientos Federico adivinó á Mariquita.

Era ella en efecto y contestando al jóven francés le dijo:

—No, señor; no hay indiscrecion en detenerse en mi casa: es bastante grande y tengo criados para servirlos; podeis permanecer aquí todo el tiempo que os agrade. Entrad! Perico, voy á disponer que te den de refrescar.

Federico se ocupaba en examinar á Mariquita y encontraba que el arriero se habia quedado bien atrás en su descripcion: Mariquita era hechicera. Sus grandes ojos negros estaban llenos de fuego y de alegria; sus cabellos de azabache estaban trenzados y adornados con flores y cintas, su boca, pequeña y graciosa, guarnecida por dos filas de perlas; su talle era elegante y bien formado y en fin su trage, que no era el de una señora, pero sí mas esmerado y de mejor gusto que el de una campesina, terminaba el encanto que operaba desde un principio una mirada de Mariquita.

La bella andaluza conoció el efecto que su vista producía en el jóven viajero y esto no parecia desagradarle. Presentó su mano al estrangero y le hizo entrar en su casa mientras que el arriero que habia perdido toda su charla á la vista de Mariquita, se quedaba á la puerta con sus mulas.

La comodidad y el buen gusto reinaban

en la mansion de Mariquita, que hacia los honores de su casa con una gracia inimitable. Federico fué conducido á una sala que daba á un hermoso jardin y una vieja le sirvió chocolate mientras un criado se ofrecia á quitarle los botines, creyéndolo con el traje de los viajeros del país. Nuestro jóven no se cansaba de admirar á Mariquita, que iba y venia corriendo y dando sus órdenes con una vivacidad encantadora; pero desde luego se echaba de ver que era preciso que la obedecieran en el acto, y que la paciencia no era su virtud favorita.

Mariquita vino poco despues á sentarse al lado de Federico. Hablaba con facilidad y agudeza y su conversacion era jovial y grata: por su parte el jóven francés era muy amable. Dijo que le habian traído á España algunos negocios y no confesó lo que buscaba; pero hubiera podido adivinarse en sus ojos, pues eran bien espresivos al mirar á la seductora andaluza.

Dos horas trascurrieron sin que Federico ni Mariquita lo echasen de ver. Hay personas al lado de las cuales se encuentra uno tan bien!

Una sombra larga y delgada que se proyectó en el jardin vino á interrumpirles: era la de Juan, que se aparecia en aquel momento, y que al ver al estrangero sentado al lado de Mariquita fruncia el entrecejo.

—Hola! ya estás de vuelta, Juan? dijo la bella andaluza.

—Sí.

—¿Has hecho mi encargo.

—Sí.

—Y qué dice esa pobre gente?

—Os bendicen por todo lo que os deben!

—Acaba de quemárseles la casa: ¿no es un deber socorrerlos?

—Hermosa y buena! dijo Federico: es preciso adoraros.

—Buena! repitió Mariquita sonriéndose; no mucho!... pero al menos soy franca... y en esto no debo parecerme á vosotros los franceses, que sabeis mentir de tal modo, segun es fama, que aun no creyendoos se os oye con gusto.

Antes que Federico hubiese respondido notando Mariquita que Juan estaba aun en la puerta le dijo bruscamente:

—Qué haces ahí?... Vete.

—Es que... el arriero que ha traído al francés pregunta qué piensa hacer, si marchará pronto....

—Marchar? dijo Mariquita mirando á Federico; no, no os ireis hoy.... Nada teneis que hacer, segun me habeis dicho, y puesto que este país os agrada ¿por qué no habeis de deteneros en él algunos dias? Yo os ofrezco la hospitalidad; cantaré acompañándome con la guitarra y en cambio me contareis vues-

tras aventuras de Paris.

—Pero no las creereis puesto que decís que los franceses no saben mas que mentir.

—Ah!.... puede haber sus excepciones.... yo no queria ofenderos. Aceptad para probarme que no me guardareis rencor.

—Lo haría con mucho gusto, pero temo abusar de....

—Vamos; os quedais. Despedid á vuestro arriero mientras doy las órdenes para que preparen vuestro alojamiento.

Federico salió á buscar á su guia, que estaba aun á la puerta con las mulas y pagándole generosamente le dijo:

—Podeis iros, Perico: yo me detengo aquí. Si pasais por este camino dentro de algunos dias es muy posible que volvamos juntos.

El arriero se sonrió maliciosamente, montó en la Coronela y contestó:

—Comprendo, señor francés, comprendo!... Los ojos de Mariquita han producido su efecto acostumbrado y la muy coqueta se ha engreido con vuestra conquista.... Vaya; os deseo buen éxito; pero no os consintais mucho!.... Yo pasaré por aquí dentro de algunos dias.... si tengo tiempo.

Perico picó sus mulas, entonó su cancion favorita, y no tardó en perderse en lontananza el eco de su voz y el sonido de las campanillas de sus mulas.

Vuelto Federico á la casa encontró á Ma-

riquita, que le propuso dar una vuelta por el jardín: ofreció su brazo á la niña que lo aceptó sin cumplimento, y se internaron en las frondosas calles de naranjos y limoneros bajo una bóveda de rosas y jazmines. Federico estaba estasiado: una mansion deliciosa, una atmósfera embalsamada y una mujer graciosa y risueña del brazo era mas de lo que se necesitaba para trastornar la cabeza del jóven francés que pensaba:

—No me ha engañado Germilly!.... Que país tan delicioso!

A su vuelta del paseo les esperaba una cena excelente de la cual hacia los honores Mariquita con su gracia acostumbrada y Federico despues de saborear su vino añejo de Málaga no pudo menos de decirle:

—Si me tratais tan bien, mi amable huésped, no podré decidirme á dejaros.

—Y bien! Os quedareis.... señor francés. Debo pareceros muy singular; pero escuchadme. Soy dueña de mi fortuna y de mis acciones desde muy niña y esta libertad me ha hecho mas determinada de lo que lo son generalmente las mujeres. Me ha gustado siempre hacer lo que me agrada y decir lo que pienso. Me encuentran original, caprichosa, coqueta.... qué sé yo! pero me rio del qué dirán y continuo siguiendo los impulsos de mi corazón, que hasta ahora no me ha guiado mal. Una mujer de mi edad recibir en su

casa á un extranjero y jóven.... Parecerá bien extraño.... Pero si á pesar de mis pocos años tengo ya la razon y la firmeza de la edad madura, si he juzgado bien á ese extranjero, creyéndolo incapaz de ofender á una señora, ¿dónde está el mal, y por qué me he de privar de una sociedad agradable?

— No seré yo seguramente quien no lo encuentre bien, repuso Federico, algo contrariado por el tono serio que habia tomado su huésped; pero esta no tardó en volver á su jovialidad natural, haciendo parecer á Federico la noche bien corta.

Mariquita ordenó á una criada condujese al jóven á la habitacion que le estaba preparada, y que estaba en un pabellon muy lindo situado al otro lado del patio. Despidióse de la hermosa niña, no sin volverse con frecuencia para encontrar aun su mirada, y al hallarse solo en su aposento aunque en él encontrase todo lo necesario, su separacion de la casa le hizo suspirar. Tan aprisa en amor van los franceses! Preciso le fué sin embargo resignarse y acostándose pensando en Mariquita se durmió diciendo:

— La adoro como nunca he amado á mis pérfidas compatriotas.... Ay Mariquita.... si consigo inspirarte mi amor nada tendré que desear.

Al dia siguiente despertó muy alegre de habitar la casa de la andaluza y bajó mati-

nalmente, deseando ya encontrarse al lado de Mariquita, cuya imágen seductora no le habia abandonado durante su sueño. En el patio encontró al sombrío Juan que se ocupaba en llevar flores frescas á las ventanas de su señora, y que al verlo bajó la cabeza pareciendo muy poco dispuesto á desplegar los labios; pero Federico se detuvo diciéndole:

—Duerme todavía?

—Quién?

—Eh! Quién ha de ser? vuestra señora, la hermosa Mariquita.

—Sí.

—Entonces voy á pasearme por el jardín, esperando á que se levante.... Es preciosa vuestra ama y celebro mucho haberos encontrado ayer delante de la Virgen, pues sin ello no me hubiese traído aquí ese charlatan de Perico.... Bendita sea la Virgen!....

Juan no contestó: cruzó los brazos devotamente y levantó los ojos al cielo mientras Federico se internaba en las calles del jardín soñando con Mariquita. Esta salió por fin y le pareció mas seductora que la vispera. Su tocado era también mas gracioso, mas esmerado, lo cual no anunciaba el deseo de desagradar al jóven francés. Por su parte este hacia todo lo posible por cautivarla.... El dia trascurrió en conversacion, paseos y música. Mariquita cantaba con alma, con sen-

timiento; la voz de Federico era dulce y agradable y ambos se oían con placer. El tiempo pasa pronto de este modo.

Varios dias sucedieron á este. Federico habló de amor y sus ojos lo habian precedido. Su tierna declaracion fué recibida con una carcajada. El jóven quiso permitirse algunas familiaridades pero Mariquita se formalizó, y Federico, que estaba verdaderamente enamorado, perdió aquella audacia que tan bien le sentaba, desapareció su alegría, suspiraba continuamente, juraba morir si no era amado por Mariquita, casi se asemejaba á Juan y la coqueta se reía de sus tormentos.

Un dia Federico tomó ó fingió tomar su partido: presentóse á Mariquita en traje de viage y le dijo:

—Adios, Mariquita.... Voy á marcharme.

Esta vez no se reía. Pálida y conmovida, apenas pudo murmurar:

—Por qué os marchais?

—Porque os adoro.... Porque vuestra vista no hace sino aumentar el amor que me abrasa, y porque debo huir, puesto que no puedo enternecer vuestro corazon.

—Oh! No marcheis! respondió Mariquita con voz temblorosa, bajando sus bellos ojos para ocultar el sentimiento que espresaban.

Federico se aproximó á la hermosa andaluza, le tomó la mano y la puso sobre su corazon diciendo:

—Preciso es que me aleje.... si no teneis piedad de los males que me habeis causado!

Mariquita guardó silencio por algun tiempo, pero dejó su mano en la de Federico, que la cubria de besos: por fin levantó los ojos fijándolos en él de una manera que parecia querian llegar al alma, y respondió con un tono solemne:

—Decís que me amais!... Pero es cierto?... No tratais de engañarme?... ¿Sabeis que si yo amase alguna vez seria por toda la vida?... ¿Sabeis que me sería necesario un corazon que comprendiese el mio.... un alma ardiente como la mia?... ¿Sabeis que el amor no seria para mí un mero capricho sino que haria la felicidad de mi vida ó me daria la muerte?... Hasta ahora he sabido defenderme de esa pasion.... adivinaba que no podría amar á medias.... Oh Dios mio! Para qué habeis venido á este país? ¿Ha sido para hacer mi desgracia.... ó para hacerme conocer ese amor con que yo habia soñado?... Federico, si no es mas que un capricho lo que sentis por mí, si pensais abandonarme despues de someter este corazon hasta ahora insensible.... Ab! Marchad, marchad!... No permanezcais ni un momento mas al lado de Mariquita.

Federico respondió echándose á los pies de su adorada, tomando al cielo por testigo de la sinceridad de su amor y jurando que

sería feliz pasando la vida á su lado.

Mariquita lo miraba tiernamente; no era ya coquetería ni malicia lo que brillaba en sus ojos: era fuego, amor, al paso que de sus labios se escapaban estas dulces palabras:

—Pues bien!... yo también os amo....

Federico, fuera de sí, ebrio de gozo, oprimió á Mariquita entre sus brazos: ella no le oponía mas que una débil resistencia.... cuando Juan se apareció en la puerta de la habitación.

—¿Qué quieres? dijo Mariquita, escapándose de los brazos de Federico.

—El arriero que ha traído al señor francés está ahí.... en la puerta.... y pregunta si el extranjero quiere marchar con él.

—Marchar!... ¿es aun esta vuestra idea? dijo Mariquita mirando tiernamente al jóven.

—Oh!... no en verdad! exclamó Federico.

—Pues bien! Vamos á despedir al arriero.

Mariquita tomó el brazo del jóven, que la siguió enviando á todos los diablos al arriero y á Juan. Perico estaba en la puerta acariciando á la Coronela y la Catalana é hizo una mueca al ver la familiaridad y el tierno abandono con que Mariquita se apoyaba en el brazo del francés.

—No necesito vuestros servicios, Perico, dijo Federico con un aire triunfante fácil de interpretar: me encuentro muy bien aquí para desear alejarme.

—Has entendido, Perico? añadió Mariquita. Cuando vuelvas á pasar por aquí es inútil que te detengas.... El señor francés se establece en Andalucía.

—Tal vez, murmuró Perico bastante bajo para que no pudiera oírsele: y despues de aceptar un vaso de vino que le hizo traer Mariquita saludó á esta, sonrió á Federico y siguió su camino.

En el resto del dia los dos amantes se repitieron los mas dulces juramentos. Llegada la noche Federico salió á pasear con Mariquita, la condujo al sitio mas delicioso del jardin: dulces pláticas de amor inflamaban su corazon, y el mas exaltado juramento selló bajo el estrellado cielo el vehemente amor de Mariquita y Federico.

Muchos dias trascurrieron de este modo: el parisiense era adorado por la jóven andaluza, cuya pasion parecia aumentar cada dia. No podia estar un momento lejos de su amante: sus ojos le seguian por do quiera, y su boca le prodigaba los nombres mas cariñosos.

Todos los criados de la hermosa niña se complacian en obedecer ciegamente sus menores deseos y como la voluntad de Mariquita era que su amante fuese respetado y servido como ella misma todos los de la casa se apresuraban á darle gusto. Juan se sometió como los demas y servia sin murmurar á Federico, aunque sus ojos pareciesen mas som-

brios y su fisonomía mas siniestra cada vez que apercibía al feliz amante de su ama.

Pero ¿dónde ha ido á fijarse la constancia?... No será ciertamente en el corazón de un francés. Federico, que habia inspirado la pasión mas violenta á una mujer que hasta entonces habia retado al amor, Federico sentia ya disminuirse el suyo: continuaba siendo tierno, amable; pero los dias empezaban á parecerle largos. Mariquita era muy seductora! pero la veia constantemente ... no veia á nadie más que á ella, pues las demas de la aldea no eran dignas de atención: en fin este país delicioso, este país que le habia parecido el Eden, la tierra prometida, le era ya indiferente y aun suspiraba por lo bajo recordando á Paris!.... á esa ciudad perversa que encierra tantas pérfidas!.... pero donde tantas diversiones hay.

Mariquita sorprendia algunas veces á Federico preocupado; lo veia distraido aun á su lado y entonces los ojos de la fogosa andaluza se fijaban con ansiedad en los de su amante, diciéndole:

— ¿Qué tienes?... ¿Qué te inquieta?... ¿No eres feliz á mi lado?... ¿Dudas de mi ternura?... Habla!.... Ordena.... nada hay que no sea capaz de hacer para probarte cuanto te amo.

Pero Federico no podia dudar del amor de Mariquita y tal vez era esta la causa de

su descontento. Qué ingratos somos!.... Una felicidad demasiado positiva nos abruma: la inquietud nos es necesaria en amores.

Federico solía pasearse por el camino que conducía á Andújar y su vista vagaba en todas direcciones esperando ver aparecer á Perico, lo cual le hubiera proporcionado un pretexto para hacer un viaje; pero el arriero no parecía y el jóven sacudía la cabeza murmurando:

—Ha tomado al pie de la letra lo que le he dicho.... y sin embargo debiera adivinar que no he de estarme aquí toda la vida.

Por fin una mañana acercándose á su querida Federico, cuyo embarazo era visible, pero que estaba resuelto á llevar á cabo su plan, le dijo mirando á la campiña:

—Mariquita, es preciso que.... que arregle mis negocios.

—Cómo!... ¿Qué negocios son esos? respondió la andaluza, fijando en su amante sus ojos de fuego.

—Los que tenia en este país.

—Tú me has dicho que estaban terminados.

—Sí.... aquí, en España.... pero en Francia.... en Paris.... tengo que ver á algunas personas....

—No puedes escribirles?

—Oh! no es lo mismo.... es absolutamente indispensable que vaya yo mismo á Paris... Pero tranquilízate, Mariquita; yo volveré. Oh

Yo procuraré no estar mucho tiempo lejos de ti, á quien amo tanto!

Mariquita, pálida, conmovida, tomó la mano de su amante diciéndole:

—Federico, tú me engañas!....

—Ah Mariquita, qué ideal!

—Tú no me amas ya....

—Te adoro.

—Y quieres dejarme!....

—Pero si es por muy poco tiempo.

—Tú me habias jurado no separarte nunca de mí.... Es así como cumples tus promesas?

—Pero si....

—Yo te habia prevenido que para mi no era el amor una pasion efímera.... que en cambio de mi reposo necesitaba un corazon que no latiese mas que por mí.... Ah Federico! Me habrás engañado!....

—No, te amo como siempre.... pero un asunto urgente en Francia....

—Bueno, yo iré contigo.

Esto no entraba en los cálculos de Federico, ni esperaba semejante respuesta: así es que turbándose le dijo:

—No quiero que dejes tu hermoso país.... tu presencia es aquí necesaria.... Además... solo viajaré mas aprisa.... tendré mas libertad.... y estaré mas pronto de vuelta.

Mariquita no habia cesado de mirar á su amante: una amarga sourisa apareció en sus labios y le dijo:

— Ya veo que en vano intentaría detener-te.... Márchate pues sin mí. Cuando piensas hacerlo?

— Esta tarde, cuando el sol no incomode, iré á la ciudad vecina.... no está mas que á una legua, segun me han dicho. Allí tomaré caballos.... ó un coche si lo encuentro.... Cuando se ha formado una resolucion, por penosa que sea.... preciso es llevarla á cabo cuanto antes....

— Basta.... voy á prevenir todo lo que te es necesario.

Mariquita se alejó dicho esto. Federico temia que empleara lágrimas, gritos y ruegos para detenerle; no creía que su querida tomase tan pronto su partido y se felicitaba por haber salido del paso con algunas palabras de reconvenccion. Sin embargo habia visto bien que la hermosa andaluza retenia por orgullo las lágrimas prestas á correr, y casi tenia remordimientos de abandonarla.

▲ la puesta del sol todo estaba listo para la marcha. Antes de alejarse de esa mansion hospitalaria donde tan cordialmente habia sido recibido Federico fué á sentarse con Mariquita bajo el follage que habia presenciado su felicidad. Allí Mariquita no pudiendo contener su dolor, rodeó á su amante con sus brazos, lo oprimió sobre su corazon y fijos los ojos en los suyos le dijo con voz desgarradora:

—No me abandones.... esto te traerá tal vez una desgracia....

Tal era la espresion de dolor que se pintaba en su semblante que Federico llegó á dudar.... pero repuesto de su emocion contestó:

—Es indispensable que vaya á Francia.

Mariquita enjugó sus lágrimas y con tono resuelto:

—Marcha pues, le dijo; no te detengo ya.

La hermosa niña se alejó apresuradamente, y Federico aunque sorprendido de tan brusca despedida, pensó que era prudente no prolongarla. Una criada lo esperaba en el patio con su maleta y una mula que debia dejar en la ciudad próxima, donde iria Juan á buscarla. Federico creia que el silencioso criado le serviria de guia, pero le habian dicho que estaba ausente.

Púsose nuestro jóven en camino dirijiéndose al bosque que habia atravesado con Perico, y por el cual tenia que pasar precisamente para trasladarse á Andújar. Caminaba al paso de la cabalgadura y se habia internado apenas unos trescientos pasos, bajo la sombra de los árboles, cuando oyó un fusilazo y sintiéndose herido en la cabeza cayó de la mula, que se puso tranquilamente á rumiar la yerba.

Federico no habia perdido el conocimiento, pero conocia que le era necesaria la ayu-

da de alguno para salir del bosque. Felizmente no tardaron en pasar algunos aldeanos que reconociendo al jóven viajero por haberlo visto en casa de Mariquita se apresuraron á ofrecerle sus servicios y lo condujeron al lado de la bella andaluza. Esta á la vista de su amante herido pareció olvidar su abandono para prodigarle los cuidados mas tiernos.

La herida de Federico no era grave, pero los perdigones le habian atravesado la mejilla y era de temer que conservase toda su vida la señal. El jóven se hacia traer un espejo y suspiraba dolorosamente, diciendo:

— Tendré un costuron en la cara!.... Quedaré desfigurado.

— Siempre serás para mí el mas hermoso! Te amaré todavia mas, si esto es posible! respondia Mariquita oprimiendo la mano de su amante; pero esta prueba de afecto no consolaba enteramente á nuestro jóven, que se desesperaba de su chirlo.

Al cabo de quince dias se hallaba perfectamente curado, aunque con una larga cicatriz en la mejilla. Mariquita, que habia recobrado su alegria y sus colores, le juraba que lo encontraba todavia buen mozo: ella creia que su amante no pensaba ya en marcharse; pero una mañana le hizo saber que persistia en su proyecto.

La andaluza se entristeció al oirlo. Aun piensas en dejarme? le decia: no has visto

que por ello te ha sucedido una desgracia?

Federico se reía de los temores de Mariquita, atribuyendo á la torpeza de un cazador el suceso del bosque; y en efecto nadie habia tratado de robarle mientras estaba tendido sobre la yerba. Hizo pues sus preparativos de viaje, diciendo alegremente:

—No me impedirá mi accidente pasar mañana por el mismo sitio.

Mariquita contenia sus lágrimas sin pretender hacer cambiar con sus ruegos la resolución de Federico: conocia que seria inútil.

En efecto el jóven francés se puso en camino al dia siguiente, montando como la primera vez en una mula. Al acercarse al bosque no le infundió el menor temor el recuerdo de su aventura y solo al tocarse la mejilla se decía:

—Torpe! haberme tomado por un corzo.... ó tal vez por una liebre.... pero estas cosas no suceden dos veces!

Sin embargo apenas hubo entrado en el bosque volvió á oír el disparo de un arma de fuego y una bala vino á romperle la rodilla antes que hubiese tenido tiempo para volverse hácia el lado de donde salía.

Federico no cayó de su montura y á pesar de los horribles dolores que sentia tuvo el valor de volver á casa de Mariquita.

Allí fué de nuevo vendado y acostado. Mariquita hacia cuanto podia por disminuir sus

sufrimientos: cubria de lágrimas el rostro de su amante y este pensaba:

—En medio de mi desgracia soy bien dichoso en ser amado tan tiernamente.

Esta vez la herida de Federico era grave; lo tuvo seis semanas en la cama y al levantarse vió que no podia doblar la rodilla y cojearía toda su vida.

¡Qué desesperacion para un jóven á quien se citaba por su aire elegante! El pobre Federico se dejaba caer sobre una silla esclamando:

—Qué desgraciado soy!... No era bastante que tuviera un costuron en la cara!... héme aquí cojol!...

Mariquita estaba siempre á su lado para consolarle.

—Qué me importa que cojées? le decia: no por eso te quiero menos.... al contrario, eso te hace á mis ojos mas interesante. Ah Federico, mi amor, mi amor te compensará esas desventajas y te probará que sé amarte por tí mismo.

A pesar de esto Federico estaba triste y suspiraba á cada paso; se resignó á cojear, pero una espresion de malicia infernal se dibujaba en la fisonomía de Juan cada vez que veia pasear al jóven arrastrando la pierna.

—Parece que mi rival no siente mucho mi percanceé, pensaba el jóven.

Por fin cierto dia Federico previno á Ma-

Un parisiense.

riquita que al siguiente se pondría en camino por tercera vez.

—¿Cómo? decía la española: no has renunciado todavía á la idea de abandonarme?... Ah!.... Federico, ¿no has visto que el cielo se opone á esta partida?

—No creo que halla sido el cielo el que me ha fusilado dos veces, respondia aquel; ademas mañana no esperaré á la noche para emprender mi viaje y si es posible no pasaré por el bosque á menos que me acompañe uno de tus criados.

—Bueno! dijo Mariquita; Juan irá contigo. Pero reflexiónalo bien antes de marchar.... y no desprecies mis presentimientos.

Federico estaba bien resuelto á volver á Francia: empezaba á cansarle la Andalucía y al dia siguiente se puso en marcha seguido de Juan. El silencioso criado, armado hasta los dientes, se conservaba siempre á gran distancia del jóven, no respondiendo mas que por monosílabos á las preguntas que aquel le dirigia; de tal modo, que Federico concluyó por no dirigirle la palabra y picó su mula sin ocuparse mas de su compañero.

A la entrada del bosque Juan no estaba ya detrás del francés: Federico llamó repetidas veces á su guia y no recibió respuesta: le parecia sin embargo oír trotar un caballo delante de sí y persuadido de encontrar á su compañero se decidió á penetrar solo

en el bosque que tan fatal le habia sido. Avanzaba llamando á su guia, cuya sombría figura creía haber visto entre los árboles: pero no tardó mucho en oirse el ruido acostumbrado y una bala alcanzó á Federico en el ojo derecho y lo hizo caer cubierto de sangre y sin conocimiento.

Cuando volvió en sí se encontró en la habitacion que ocupaba en casa de Mariquita: la bella andaluza estaba sentada á la cabecera de su cama esperando con ansiedad que volviera á la vida.

—Qué ha sucedido?... preguntó el jóven con voz apagada.

—Te han herido otra vez; Juan ha corrido á tu lado en el momento que caías: ha buscado gente y te han traído aquí.

—Oh! Dios mio!... herido siempre!.. qué fatalidad! Pero á lo menos habrán cogido á mis asesinos?

—No; no ha sido posible encontrarlos....

—Sabes que tu Juan me ha servido muy mal de guia?... Si no se hubiera separado de mí tal vez no me hubiera sucedido esto... Mariquita.... ¿estás bien segura de ese hombre?....

—Oh! como de mi persona!....

—Entonces son injustas mis sospechas y empiezo á creer que tienes razon. El cielo se opone á mi partida; no quiere que me aleje de tí!.... Pero esta herida... Gran Dios!

habré perdido....

—Un ojo? Sí, amigo mio....

—Tuerto tambien!.... Ah!.... esto es para morirse!....

—No, Federico; no morirás, porque Mariquita te ama como el primer día.... no me abandones y á fuerza de amor y de ternura sabré hacerte olvidar este triste suceso.

Federico tardó mucho tiempo en curarse de esta última herida. Cuando se levantó y se vió por primera vez en un espejo se encontró horrible y no pudo menos de decirse:

—No, ciertamente.... yo no puedo volver á Francia.... qué mujer me querría con este costuron, tuerto y cojo?.... Y puesto que hay una que me ama á pesar de todo, lo mejor que puedo hacer es quedarme á su lado.

Cuando Mariquita supo la resolución de su amante su alegría rayaba en delirio: no encontraba palabras bastante tiernas para pintar su amor y su dicha y Federico conmovido al ver afecto tal, se afirmó en su idea y trató de olvidar á Francia.

Alguna vez se apoderaba de él la melancolía; pero Mariquita era tan amante, tan tierna, tan cariñosa, que por no disgustarla ocultaba su tedio.

Un día para distraer á su amante Mariquita dispuso una partida de caza. Mientras Federico tiraba á las liebres lo miraba apoyada imprudentemente en el cañon de su escope-

ta: un movimiento brusco hizo salir el tiro y la hermosa niña, herida en el pecho, cayó llamando á su amante.

Federico corrió desesperado é hizo trasportar á la jóven á su casa, donde se le prodigó toda clase de auxilios; pero en vano: el médico declaró que solo le quedaban algunos momentos de vida.

Mariquita, adivinando su suerte, rogó que la dejaran sola con su amante y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban dijo á Federico, que lloraba desesperado:

—Amigo mio.... voy á morir.... y debo decirte la verdad. Querías abandonarme.... yo no podia vivir sin ti.... yo soy quien te ha hecho herir....

—Dios mio! exclamó Federico: ¿tú Mariquita, querías mi muerte?....

—Oh! no, bien mio; solo queria impedirte marchar; le habia dicho á Juan.... y se lo recomendaba siempre.... que tuviese cuidado de herirte ligeramente....

—Juan!.... ¿cómo?.... ese miserable!....

—Obedecia mis órdenes.... él mismo se hubiera matado si tal hubiera sido mi voluntad.... Federico, perdóname.... te amaba tanto!... Ah! No encontrarás una mujer que te quiera como Mariquita!

La jóven al decir esto cerró los ojos para siempre. Federico no se afligió mucho por su muerte: la confesion que acababa de ha-

cerle habia disminuido mucho el sentimiento de perder á Mariquita. Echóse á buscar á Juan, queriendo al menos vengarse de ese hombre, que tan exactamente ejecutaba las órdenes de su ama; pero al saber la muerte de aquella á quien habia consagrado su vida Juan se habia precipitado en el Guadalquivir.

— Vaya que esta gente tiene una manera singular de amar! decia Federico: decididamente creo que ahora nada me detiene en este país.

Algun tiempo despues Federico se paseaba otra vez por los bulevares de Paris. Una venda negra ocultaba su ojo derecho; pero el costuron quedaba al descubierto y no podia impedir que su pierna arrastrase al andar. Un hombrecillo se le acercó diciendo:

— Dios mio! qué figura!... ¿Adónde has ido á que te maltraten de ese modo?...

— Ah Germilly! A la deliciosa Andalucía... que tanto me habias alabado!... donde las mujeres son tan bellas... tan amantes!

— Vamos! tú te chanceas! Yo he ido y he vuelto sano y salvo como me ves.

— Ah! no eres tú de los que se detienen á la fuerza!... Esta es una reflexion que debiera haber hecho... he adquirido la experiencia á mi costa!... no sabia yo que hay circunstancias en que la fealdad sirve de salvaguardia!

— No te comprendo... ¿Acaso no has en-

contrado hechiceras á las andaluzas?

—Sí... pero tengo bastante... Vuelvo á las parisienses. Estas engañan con frecuencia, es cierto; pero prefiero que me engañen en París á que me adoren en Andalucía.—C. F.

